

el que promoviesen sublevaciones y alborotos. Dió orden, de que se restableciesen las Iglesias parroquiales: proveyó á la subsistencia de los párrocos, y de una buena porcion de sabios misioneros que debian permanecer aun algunos años en la provincia. Destinó un fondo para establecer el colegio de los Jesuitas de que hemos hablado. En fin nada olvidó de todo aquello que podia impedir, que volviese la heregía á introducirse en el Chablais y en las tres Bailias.

Pero lo que nunca se alabará bastantemente en este sabio Príncipe, es la conducta arreglada que observó constantemente, como tambien todos los de su Corte durante las seis semanas que permaneció en Tonon, y los grandes ejemplos que dió de piedad. Como estaba convencido, de que el ejemplo del Soberano tiene mas fuerza para persuadir, que todo lo demas que pueda hacerse, se confesaba y comulgaba á menudo: asistia á los sermones y rogativas públicas con toda su Corte, pero con una modestia, que enternecia aun á los mas endurecidos; é hizo tan grandes limosnas, que toda la provincia se acordaba de ellas aun algun tiempo despues de su partida.

Cuando la política está sostenida por la piedad, no hay cosa que no llegue á conseguir. Se acaba de ver un ejemplo de esta verdad en el restablecimiento de la Religion católica en el Chablais: será seguido de muchos otros, que se irán notando en el discurso de esta historia.

VIDA DE SAN FRANCISCO DE SALES.

LIBRO CUARTO.

Mientras que pasaba lo que acaba de contarse del lado de acá de los montes, todo lo que sucedia del lado de allá anunciaba grandes disensiones, y todos los Príncipes de Italia, próximos á tomar las armas unos contra otros, estaban en vísperas de turbar la profunda paz de que gozaba aquel reino despues de tantos años, y que tanto interes tenian los Soberanos en que fuese duradera.

La causa de aquel movimiento fué la negativa que dió el Papa Clemente VIII á Cesar de Este, de la investidura de Ferrara, y la reunion de aquella ciudad á la santa Sede. Los Príncipes aliados de la casa de Este, tomaron partido por ella. El Papa no dejó de tener partidarios. Todos tomaron las armas; y esto fué lo que obligó al Duque de Saboya, cuya presencia era aun muy necesaria en el Chablais, á volver á pasar los montes. La Italia se vió agitada tambien por algun tiempo con diversos movimientos.

Pero en tanto que recobraba su primera tranquilidad, sucedió una cosa que puso á Francisco en la mayor confusion, en que pudiese haberse visto en toda su vida. Habia abandonado el Chablais por no ser necesaria ya su presencia, y trasladadose á Annecy para dar cuenta al Obispo de Ginebra de la ejecucion de las órdenes del Duque y de las suyas: habia cumplido su comision con su acostumbrada exactitud, cuando aquel

santo Prelado que hacia ya mucho tiempo que lo tenia destinado para su Coadjutor, y que estaba seguro del consentimiento del Duque, pasó á hacerle semejante proposicion. Habiendo pues oido todo lo que le habia dicho tocante á los negocios del Chablais, le dijo á su vez, que él conocia mejor que otro alguno, que su edad y sus achaques que todos los dias iban en aumento, le ponian en estado de no poder trabajar dentro de poco en una Diócesis, que aumentada con una provincia entera, exijia de él mas actividad y vigilancia que nunca: que ya no podia pasar sin socorro, y que habia puesto los ojos en él para nombrarle su Coadjutor y sucesor: que no dudaba que su humildad le haria creer que no era digno de un cargo tan grave, pero que esto era cabalmente lo que mas digno le hacia de él: que á cualquiera otro se lo ofreceria temblando, pero que en cuanto á él estaba muy cierto de que lo desempeñaria dignamente: que le suplicaba que le hiciese aquel servicio, ó mas bien al mismo Jesucristo que era el que lo habia elegido, y que le hablaba por su boca, y que le librase de aquella inquietud en que estaba, al ver que su edad y sus achaques le ponian en estado de no poder cumplir con las obligaciones de su ministerio.

Fácil es juzgar cual seria la sorpresa de un hombre tan humilde como Francisco. La multitud y confusion de ideas que se agolparon en su mente, le privó al principio de la palabra; pero habiendo vuelto en fin á recobrar su ordinaria tranquilidad de espíritu, le respondió, que le estaba muy agradecido por la gracia que queria dispensarle: que no podia ser mayor su reconocimiento: que le ofrecia una dignidad que todo el mundo respeta, que algunos hasta la desean, y que la mayor parte no la temen bastante; pero que en cuanto á él, estaba muy persuadido, de que *aquella carga, lejos de ser apetecible, era temible aun á los mismos an-*

geles: que no podia menos de hallar una infinita desproporcion entre él, y el obispado: que él se conocia á sí mismo, mejor que otro podia conocerle, y que por esto le suplicaba, que pusiese los ojos en quien fuese mas digno que él, de aquella sublime dignidad.

El Obispo de Ginebra, que esperaba ya esta negativa, habia tambien previsto lo que debia responderle. Volvió á tomar la palabra, y le dijo, que siendo una temeridad el creerse con la suficiente virtud para desempeñar dignamente un cargo tan santo, como era el del obispado, convenia con él, en que siempre era mas seguro el renunciarlo; pero que tambien debia él convenir, en que seria una terquedad reprehensible, el obstinarse en la negativa, cuando se tiene motivo de creer, que la voluntad de Dios es, que se acepte el encargo: que no podia ajustarse en aquella ocasion á otro modelo mejor que al de Moyses, aquel santo conductor del pueblo de Dios, que rehusó al principio la direccion de un pueblo tan numeroso, y que con todo la aceptó en seguida: que la negativa provenia de su humildad, y la aceptacion de su sumision á las órdenes de Dios: que él hubiera sido muy presuntuoso en entrar sin temor en un empleo tan difícil: pero que tambien hubiera sido muy orgulloso, si hubiese rehusado el obedecer al mismo Dios, que era el que le llamaba: que considerando por un lado su flaqueza, rehusó el empleo con que se le queria gravar; pero que apoyándose por el otro en la omnipotencia de aquel, que le mandaba que lo tomase, se sometió á aceptarlo.

Que todos los santos habian observado la misma conducta, y que él estaba espuesto á estraviarse alejándose de ella: que aprobaba que no hubiese salido de él aquel pensamiento, que no lo hubiese solicitado, y aun que lo hubiese rehusado al principio; pero que no podia persistir en la negativa sin oponerse á la voluntad de Dios: que á fin de que se asegurase aun mas,

se creia obligado á decirle, que no le habia elegido, sino despues de haber consultado sobre aquella eleccion con todas cuantas personas conocia, que eran ilustradas y virtuosas: que habia consultado á menudo con el mismo Dios, y que jamas lo habia hecho, sin afirmarse nuevamente en el deseo de elegirle: que el clero y los pueblos le querian por su Prelado: que el mismo Príncipe lo deseaba tambien con ardor, y que ademas no creia que él pudiese dudar de que Dios le llamaba al obispado, y que estaba obligado á ceder á tantas señales de la vocacion divina.

Francisco respondió, que teniendo tantos conocimientos como tenia sobre la importancia del ministerio, que le habia ofrecido, no dudaba de que supondria en él todas las cualidades que debe tener un Obispo para lograr su salvacion, cumpliendo con su encargo. Pero que en cuanto á sí estaba persuadido de lo contrario: que veia claramente que no tenia cualidad alguna de las necesarias para el obispado, y aun cuando tuviese algunas, siempre se creeria en obligacion de huirle: que habiendo abrazado el estado eclesiástico, se creia obligado á trabajar en la salvacion del prójimo; pero que estaba aun mas obligado á no contraer empeño alguno, que pudiese impedirle el lograr la suya propia: que muchas veces se habia visto que los que parecian unos modelos de virtud, cuando vivian en la obscuridad de una vida privada, habiendo sido elevados despues á las primeras dignidades de la Iglesia se habian transformado de repente en otras personas; y que habiéndose vuelto hombres con los hombres, se habian abandonado como ellos á la vanidad de los honores y riquezas del siglo: que aquellos ejemplos le atemorizaban, y que no podia menos de sacar en conclusion, que las tentaciones que estan como unidas á aquellas grandes dignidades, deben de ser terribles, puesto que son capaces de conmovier las almas mas fuertes, asi

como los vientos recios conmueven algunas veces los mas sólidos edificios.

Sin embargo, replicó el Obispo, no hay condicion en la Iglesia que la haya dado mas santos, que el obispado: debe pues sacarse tambien en conclusion, ó que los peligros de perderse no son tan grandes, como vos pensais, ó que Dios concede gracias á los que llama á tal ministerio, que son capaces de vencer todas las dificultades, que en él se encuentran.

Francisco respondió, que el número de los que se habian perdido, era mucho mayor que el de los otros; que él no podia vencer el temor, que le infundian aquellos terribles ejemplos; y que le pedia en nombre de la amistad, con que siempre le habia honrado, que no pensase mas en él, y que dejase á cargo de la Providencia el elegirle un sucesor.

El Obispo no tuvo por conveniente el instarle mas por entonces: únicamente le suplicó, que pensase en ello con detencion, y que encomendase á Dios aquel negocio, asi como él iba á pedirle por su parte, que le diese á conocer su voluntad. Admiraba entretanto su profunda humildad y la diferencia que se halla entre el espíritu de Dios y el del mundo; y deseaba tanto mas vencer su modestia, cuanto mas invencible parecia. Habló á todos los que sabia que tenian algun ascendiente sobre su espíritu. Nada omitieron estos para obligarle á hacer lo que el santo Obispo deseaba. Pero muy lejos de que pudiesen obtener cosa alguna, se retiró á Sales, para huir de que le hiciesen mas semejantes instancias.

El Obispo de Ginebra le siguió y uniéndose al Conde y á la Condesa de Sales, hicieron los últimos esfuerzos para vencer su repugnancia. Los que tienen la dulzura de Francisco, no son comunmente los mas firmes en sus resoluciones: la condescendencia á que estan acostumbrados con respecto á los demas, les quita casi

la fuerza de resistirse, cuando lo que se les pide, depende de ellos, y no resulta mal alguno en concederlo. El Obispo de Ginebra, el Conde y la Condesa de Sales eran las tres personas del mundo, á quienes mayor respeto y deferencia profesaba Francisco, pero tenia aun mucho mas á Dios; y penetrado Francisco de su temor y amor, era incapaz de esponerse á desagradarle por ninguna consideracion humana, fuese esta de la clase que fuese. Por otra parte como habia adquirido aquella estremada dulzura, que ha sido uno de sus principales distintivos mas por virtud, que por que fuese conforme á su temperamento, no dejaba de tener mucho teson y firmeza de caracter. Ya se han visto varios ejemplos de esto, y se podrán notar muchos otros en el discurso de su vida. Fué pues en vano, que el Obispo de Ginebra recurriese al Conde y á la Condesa de Sales para hacerle aceptar la Coadjutoria: Francisco persuadido, de que aquella dignidad era superior á sus fuerzas, y á su virtud, continuó rehusándola constantemente.

En fin el Obispo, que queria absolutamente llevar á cabo aquel negocio, se dirigió al Duque de Saboya, y le rogó, que le enviase el titulo de la Coadjutoria para Francisco: no tuvo dificultad en conseguirlo: el Duque le habia ya destinado para el obispado, en caso de que llegase á faltar el Obispo. Habiendo recibido el santo Prelado aquel documento, que le era absolutamente necesario para la ejecucion de su intento, se lo envió con un eclesiástico de mucho mérito, y de quien hacia Francisco un grande aprecio. Le mandó al propio tiempo, que le persuadiese á aceptarlo; y que si continuaba resistiéndose, se lo mandase de su parte bajo pena de obediencia.

El eclesiástico desempeñó su comision como un hombre, que deseaba salir bien de ella: se valió de las razones, de la autoridad de los Padres y de los ejem-

plos de los santos, para obligarle á ceder; y continuando Francisco en escusarse con su poca ciencia y virtud, le dijo, que tenia orden del Obispo para mandarle bajo pena de obediencia, que aceptase el titulo, y le exhortó á que se rindiese en fin á unas señales tan visibles y convincentes de la vocacion de Dios.

A estas palabras hallándose su estremada repugnancia como sufocada por la autoridad de la Iglesia y del mismo Jesucristo, de la que no ignoraba que estaba revestido su Obispo, creyó, que no le era ya lícito el resistirse mas, pero creyó deber aun consultar con Dios, antes de dar su consentimiento. Fué pues á la Iglesia á postrarse delante del Santísimo Sacramento; y permaneció alli largo rato en oracion, derramando abundantes lágrimas. Seria difícil esplicar la turbacion y agitacion en que se hallaba, pronto á consentir, y siempre retenido por el temor de los riesgos en que recelaba, que peligrase su virtud. En fin Dios le volvió su primera tranquilidad; y sirviéndole aquella profunda paz del corazon de prueba de que Dios queria que se sometiese, volvió á encontrarse con el eclesiástico, y le encargó, que dijese al Obispo de Ginebra, que si se le hubiese creido, no hubiera ocupado sino el último puesto en la casa del Señor: que casi se le habia como forzado á aceptar la prebostia de la Iglesia de Ginebra: que aquella dignidad era ya muy superior á su virtud, sin que se le obligase á aceptar aun otra mayor y de la que por consiguiente era menos digno: que no obstante cedia en aquella ocasion no á los hombres, sino al mismo Dios, de cuya autoridad estaba revestido el Obispo, y que protestaba, que de solo Dios aceptaba lo que se le ofrecia: que rogaba al Señor que perdonase al Obispo la eleccion que habia hecho de un sugeto tan indigno, y que no le imputase todas las faltas, que seguramente le haria cometer su insuficiencia en un destino tan grande y difícil.

Pero el Obispo estaba tan lejos de tener semejantes recelos, que habiendo recibido la noticia de su admision, dijo públicamente, *que no habia hecho otra cosa buena en toda su vida, sino elegir á Francisco por su sucesor*. Seria difícil explicar la alegría pública, cuando se supo que aquel hombre verdaderamente apostólico era el Coadjutor de Ginebra. Lo que acababa de pasar en el Chablais, le habia adquirido tanta estimacion, y su estremada dulzura tantos amigos, que hubiera sido burlar la espectacion pública, el dar otro sucesor al Obispo de Ginebra. Puede decirse tambien, que se necesitaba un Prelado de un mérito tan grande como el suyo, y de una santidad tan eminente para afianzar la Religion católica nuevamente restablecida. En efecto, apenas se supo en Ginebra que debia suceder en aquel Obispado, cuando se desconfió del restablecimiento del calvinismo en el Chablais.

Pero los sentimientos de Francisco eran muy diferentes de los del público. Apenas hubo dado su consentimiento, cuando se sintió como agoviado del mas vivo dolor, que hubiese experimentado en su vida. Estaba continuamente ocupado en considerar el nuevo estado en que iba á entrar; y aunque por su conciencia le habria sido ya imposible el eximirse de él, con todo no por eso le parecian menores sus peligros. Le parecia, que iba á engolfarse en un mar tempestuoso, en el que preveia mil escollos, y en donde temia hallar muchos otros que no podia preveer; y en la amargura de su corazon le sucedia algunas veces el esclamar en alta voz: *salvadnos, Señor, que perecemos*. Los que fueron á felicitarle quedaron muy sorprendidos al verle tan afligido, y habiéndole hecho presente su sorpresa: *¡Ay, les decia, no era bastante, el que yo tuviese que responder de mi alma, sin irme á encargar de tantas otras, de las que Dios me ha de pedir una cuenta tan terrible!* En fin la idea de los peligros,

á que creia iba á esponerse hirió tan vivamente su imaginacion, que perdió enteramente el dormir; este insomnio le acaloró la sangre, y le produjo una violenta calentura, aumentada por el desorden y confusion en que estaba su espíritu, resultándole en breve de todo esto una enfermedad muy aguda.

La Condesa de Sales, que le amaba tiernamente, estaba inconsolable por haber contribuido, segun creia, á hacerle dar aquel fatal consentimiento, que iba á costarle la vida. Todos los que le conocian, estaban poco menos afligidos que la Condesa, y se habian concebido tan grandes esperanzas de una eleccion, en la que se veia tan palpablemente el dedo de Dios, que nadie podia consolarse de una pérdida, que se tenia por irreparable.

Francisco por el contrario hallaba un gran consuelo, en lo que affigia á todos los demas. La paz de su alma aumentaba, á medida que sentia, que se aumentaba su mal, y jamas fué mayor su confianza en Dios, que cuando no se tenian esperanzas de su vida.

Pero Dios, que le habia destinado á cosas tan grandes, tuvo á bien prolongar una vida, que habia de ser tan santa y tan útil á su Iglesia. Asi es, que habiendo cesado la violencia del mal, como era de un temperamento muy robusto, recobró al momento las fuerzas. El primer uso que hizo de ellas, fué el ir á Annecy á ver al Obispo de Ginebra que tambien habia caido enfermo, del pesar que le causó su indisposicion. Su llegada contribuyó mas que todos los remedios, á su total curacion. Pero Francisco, apenas le vió en estado de poder escuchar sus quejas, cuando se las dió del modo mas tierno del mundo. Le dijo, que siempre le habia mirado como á su padre y protector, y que sin embargo le habia hecho él solo mas daño, que el que hubieran podido hacerle todos sus enemigos juntos: que le habia agoviado con el peso de su autoridad: que le

habia hecho una verdadera violencia, y que le habia como forzado á consentir en la cosa á que mas repugnancia tenia en el mundo, y de la que sabia mejor que otro alguno, que era muy indigno: que sino habia creido deber compadecerse de su debilidad, debia á lo menos haberse detenido en consideracion á la terrible cuenta, que tendria que dar á Dios de la mala eleccion que habia hecho, nombrándole por sucesor suyo; que aun estaba á tiempo de reparar aquella falta: que le regaba que volviese á recoger su título, y que le volviese el consentimiento, que le habia hecho dar casi á la fuerza.

La respuesta que dió el Obispo á sus quejas, fué abrazarle afectuosamente, y exhortarle á poner toda su confianza en Dios, que habiéndole llamado al obispado de un modo tan claro que no admitia duda, no le rehusaria las gracias, de que tuviese necesidad para ser un santo Obispo: que él se habia resuelto á serlo de una vez: que á la verdad nosotros nada podemos por nosotros mismos, pero que lo podemos todo en aquel, que nos fortifica. Añadió, que bien lejos de recogerle su título, y de volverle su consentimiento, habia dado parte al Papa de la eleccion que habia hecho: que no dudaba que seria de la aprobacion de su Santidad, y que se dispusiese él mismo para partir muy pronto á Roma, y terminar por sí aquel negocio.

Asi es, que viendo Francisco que no podia conseguir lo que deseaba, se sometió á la voluntad de Dios, que creyó que le hablaba por boca de su Obispo. Partió pues algunos dias despues de esta conversacion; pero el Obispo de Ginebra que se recelaba de que tratase con el Papa de librarse de la Coadjutoría, le hizo acompañar por su propio sobrino, que era canónigo de Ginebra, y su Vicario general. Nunca se admirará debidamente el desinterés de tío y sobrino en aquella ocasion. Es cierto, que el Obispo de Ginebra podia elegir á su sobrino para su sucesor; y como era un hombre

de mucho mérito, y que gobernaba la Diócesis hacia ya mucho tiempo bajo la direccion de su tío, y con mucho acierto, el Duque de Saboya, y el Papa no hubieran tenido dificultad en consentir; pero el Obispo no consultó en aquella ocasion ni á la carne ni á la sangre; y hallando que Francisco le era superior en mérito, no tuvo dificultad en darle la preferencia. El sobrino por su parte tuvo bastante virtud, no solamente para no quejarse, sino para encargarse él mismo de unas pretensiones que debian hacer que fuese Francisco su superior, siendo asi que él hubiera podido muy bien serlo suyo.

Uno y otro sabian muy bien, que cuando se trataba de los cargos y ventajas del mundo se puede tener consideracion á la sangre y al parentesco; pero cuando se trata de un cargo que es todo de Dios y por Dios, Dios solo, y las cualidades que exige, es á lo que debe atenderse; que siempre debe elegirse á los que se tiene motivos de creer que el mismo Señor los ha elegido, es decir, á los que son humildes y caritativos, á aquellos en quienes se ha notado una ciencia animada por la piedad, y una piedad ilustrada por la ciencia, un valor firme é invencible, y sobre todo un ardiente celo por la salvacion de las almas, puesto que sin esta última cualidad, todas las demas son en un Prelado, como virtudes muertas é inanimadas: por estas señales es por las que se puede conocer la vocacion de Dios, y los sugetos que ha elegido él mismo para el obispado: estas fueron tambien las solas que consultó el Obispo de Ginebra, y las únicas que le determinaron á preferir á Francisco á su propio sobrino: ejemplo que jamas se alabará como es debido, y que tampoco se imitará demasiado!

Pero en tanto, que lleno de aquella santa alegría que no deja jamas de espermentarse, cuando se ha preferido á Dios á todas las cosas, esperaba en paz aquel santo Prelado el éxito de las negociaciones de su sobrino en

punto á la Coadjutoría de Ginebra, Francisco habiendo pasado los montes, y cumplido con el Duque de Saboya su Soberano, continuaba su viaje á Roma. Los caminos estaban muy malos por las continuas lluvias que habian caído hácia el fin del invierno. Esto dió margen á una aventura, que hizo resaltar demasiado la virtud de Francisco, para que deje de contarse. Estando ya próximo á llegar á una ciudad de Italia que no nombra la historia, su caballo cayó en un lodazal de donde salió Francisco en tan mal estado, que le fué preciso entrarse en la primera posada que encontró para mudar de vestido: pero como no tenia otro que el que llevaba, un frances á quien habia encontrado en el camino, y con quien habia entablado amistad, le ofreció uno de terciopelo negro, y le obligó á que se sirviese de él, hasta que el suyo se hubiese limpiado y secado: la modestia de que hacia profesion Francisco no le permitió salir de la casa en aquel traje: quedose pues solo, mientras que sus compañeros de viaje fueron á dar una vuelta por la ciudad. Llegó al mismo tiempo á la posada una señora de muy buena disposicion, y cuyo aire era en extremo modesto: sus buenos modales impusieron á Francisco, así como el vestido de terciopelo que este llevaba, impuso á la señora: ella le tuvo por un seglar, y él la creyó una muger de las mas virtuosas. Francisco estaba aun en la flor de su edad, y podia pasar por uno de los hombres mas gallardos de su tiempo. La conversacion se enredó insensiblemente: se habló al principio de cosas indiferentes; pero la señora, que creyó que no debia perder el tiempo, mudó bien pronto de conversacion, y le habló en un estilo tan licencioso, que Francisco no sabia admirarse bastante, al ver reunidos en una misma persona un aire tan modesto, y unas palabras tan libres. La respondió de un modo que la hiciese entrar dentro de sí misma, pero aquella muger era de las que dice la Escritura,

que se han formado frente de ramerás, y que han aprendido á no avergonzarse: ella tomó á chanza todo lo que la dijo Francisco mas capaz de volverla al buen camino, y continuaba haciéndole instancias. Francisco no estaba poco confuso: queria por un lado, que no padeciese la opinion de aquella muger, pero por otro era muy peligrosa la ocasion para permanecer en ella mucho tiempo. El partido que tomó, fué el hacerle una cortesía y salirse de su cuarto; pero aquella muger corrió detras de él, y le detuvo al paso de la puerta, justamente en el momento que uno de los criados de Francisco iba á entrar por ella: reparó este en la accion de aquella señora: quedó sorprendido de ella, y la turbacion en que la vió, acabó de hacerle formar un malísimo concepto: estaba ya pronto á manifestárselo; pero Francisco, que tenia una admirable presencia de espíritu, le detuvo, diciéndole, que acompañase á aquella señora á su cuarto, puesto que se habia equivocado, tomando el suyo por el que se la habia dado. El criado no la tuvo por eso en mejor concepto; y no pudo menos de contar lo que habia visto al frances, de quien se ha hablado anteriormente.

Habiendo vuelto á montar á caballo, le habló el frances á Francisco de Sales de aquel lance, y le dijo, que le sorprendia tanto mas, quanto que aquella muger parecia de calidad, y que su modestia le habia inspirado á él mismo al principio mucho respeto hácia ella. Francisco le dijo, que tal vez seria lo que parecia; pero que habia en la vida momentos desgraciados, en los que no siempre es uno dueño de sí mismo; y que Dios lo permitia así algunas veces para hacernos conocer nuestra debilidad, y para enseñarnos á desconfiar de nosotros mismos, y á dirigirnos á su divina Magestad.

Añadió, que no se podia negar que el trato con las mugeres era en general muy peligroso sobre todo para

los jóvenes: pero que estaba seguro, de que el que debía evitarse con mas cuidado, era el de las mugeres virtuosas: que por poco temor que se tuviese á Dios, y por poco aprecio, que se hiciese de la propia reputacion, no se estaba espuesto á entregarse al de las mugeres sospechosas, y cuya conducta está desacreditada en todo el mundo; pero que en el de mugeres devotas se enredaba uno mas facilmente, porque no se podia temer que tuviese consecuencias funestas, y que se observaba una moderacion en su conducta, que no podia menos de apreciarse: que este era sin embargo uno de los lazos mas bien armados del amor propio: que algunas veces se pasaba sin sentir del aprecio de la virtud al de la persona; y que aquel paso era tanto mas insensible, cuanto que no creyendo el corazon poder sentir nuevas impresiones, tomaba el nuevo afecto por la uncion virtuosa á que estaba acostumbrado: que entretanto se iba contrayendo el empeño, y muchas veces, sin que se notase, hasta que ya no se tenia fuerza para romperlo: que lo mismo sucedia con las amistades, que tenian ciertas mugeres devotas con los hombres virtuosos: que de allí provenian aquellos apegos desmedidos y ridiculos que tenian hácia ellos; y de los que podia decirse con San Pablo, que habiendo empezado por el espíritu, se acababan muchas veces por la carne: que á la verdad estaba persuadido de que aquellos empeños rara vez llegaban hasta el crimen, y que no creia que hubiese visto ejemplar alguno de esta naturaleza; pero que nunca desconfiaria uno demasiado, ni nunca estaria demasiado alerta, ni tomaria demasiadas medidas para guardarse de sí mismo en semejantes ocasiones: que Dios apreciaba mas el corazon que el cuerpo; y que aunque no se hubiese uno dejado arrastrar á delitos vergonzosos, no dejaba por eso de apartarse de Dios, si seguia en las amistades que acaban de esplicarse.

Esta conversacion les duró hasta Roma, que no es-

taba muy distante del lugar de donde habian salido. Como Francisco debía aprovechar el tiempo, fué al momento á hacer una visita al Cardenal de Medicis, á quien habia conocido en Tonon. Aquel Príncipe habia formado un gran concepto de su mérito y virtud, y se ha sabido despues, que habiendo llegado á ser Papa, tuvo intencion de hacerle Cardenal: pero no habiendo vivido sino veinte y siete dias despues de su eleccion, no pudo cumplir aquel buen intento, ni otros muchos que tenia. El Cardenal escuchó con mucho gusto la narracion de lo que habia pasado en el Chablais despues de su salida de Tonon: examinó con atencion las memorias, que Francisco estaba encargado de entregar al Papa, y las peticiones que tenia que hacerle para el total restablecimiento de la Religion católica en el Chablais: le prometió apoyarlas, y le ofreció presentarle él mismo á la audiencia de su Santidad.

El Papa, que le conocia de oidas por su reputacion, y que le habia escrito varios Breves, le recibió muy bien, le dió grandes alabanzas, le habló muchas veces en particular, y le concedió todo lo que tenia que pedirle. Pero como reparó que no le hablaba del asunto de la Coadjutoria de Ginebra, del que le habia hablado ya el sobrino del Obispo al entregarle las cartas de su tio; despues de haber admirado una humildad tan profunda, unida á un mérito tan grande, le habló él mismo y le dijo, aprobaba la eleccion que de él se habia hecho. Francisco le respondió, que él no estaba encargado de aquel negocio; pero que si él debiese hablar á su Santidad sobre el particular, seria para suplicarle que le sacase de un empeño tan superior á sus fuerzas, y para el cual habia sido como forzado á dar su consentimiento. El Papa le respondió, que aquel era ya un negocio concluido, que ya habia dado su aprobacion y que estuviese dispuesto para su examen, que queria hacer él mismo dentro de tres dias.

Francisco quedó tanto mas sorprendido al oír aquella proposición, quanto que sabia que los Obispos de Saboya, como igualmente los de Francia, no estaban sujetos á examen: nada respondió al Papa; pero se fué inmediatamente á casa del Conde de Verne, embajador de Saboya, al que dijo, que de él dependia el que no se innovase cosa alguna con respecto á él, de lo que se habia acostumbrado hacer hasta entonces: el Conde fué al momento á la audiencia; pero el Papa le previno, diciéndole, que examinando á Francisco, no trataba de someter á examen á los Obispos de Ginebra nombrados por el Duque de Saboya: que esto no lo hacia sino por particular satisfaccion suya, y por ser él mismo testigo de la capacidad de Francisco, de la que le habian dado informes muy favorables. Esta declaración satisfizo al embajador, y Francisco se preparó para el examen, pero fué á los pies del crucifijo. Allí en un profundo recogimiento pidió á Dios con mucho fervor, que sino le llamaba para el obispado, se dignase de hacer palpable su ignorancia, y de cubrirle de confusion delante de su Santidad.

Habiendo llegado el dia designado para el examen, se presentó Francisco en el lugar, que se le habia señalado: el Papa llegó allí poco despues, acompañado del Cardenal Baronio, de otros siete Cardenales, de un gran número de Arzobispos, Obispos, Abades, Generales de las Ordenes y Doctores célebres, y entre otros del sabio Jesuita Belarmino, que despues fué Cardenal.

El Papa, que era muy instruido empezó por sí el examen, que lo continuaron los Cardenales, Obispos y Doctores. Treinta y cinco cuestiones de la teología mas sublime fueron las que le propusieron; y Francisco contestó á todas ellas con tanta solidez, limpieza y modestia, que el Papa mas que satisfecho de su capacidad se levantó de su silla, y abrazándole tiernamente, le dijo estas palabras de la Escritura. *Bebed, hijo mio, de las*

aguas de vuestra cisterna, y de la fuente de vuestro corazon; y haced, que la abundancia de estas aguas se derrame en todas las plazas públicas, á fin de que todos puedan beber y refrescarse. Le declaró en seguida, Coadjutor y sucesor del Obispo de Ginebra, le nombró Obispo de Nicopolis, y mandó que se le espidiesen las Bulas. A ejemplo del Papa, los Cardenales y Prelados le dieron grandes muestras de aprecio, y se estendieron á porfia en sus alabanzas. Así fué, que aquel santo hombre, que habia rogado á Dios, que le cubriese de confusion sino lo llamaba al obispado, se halló cubierto de gloria, y atrajo sobre sí el aprecio general de la Corte Romana, es decir, de la Corte mas ilustrada del mundo y mas difícil de sorprender.

No le sucedió así á un eclesiástico español que habia sido electo Obispo: el lance es muy extraordinario para dejar de contarle. Debía este eclesiástico examinarse con Francisco, y se habian trasladado juntos al sitio destinado para el examen: no carecía de ciencia ni de virtud; y tenia motivos para creer que saldria con honor y lucimiento. Sin embargo la presencia del Papa, de los Cardenales y Prelados, le impuso de tal manera, y se apoderó de él un miedo tan repentino y fuerte, que cayó sin sentido. Se le llevó á su casa; y se le aplicaron todos los remedios imaginables para hacerle volver en sí. El mismo Papa le envió sus médicos, é hizo que le asegurasen, que le daria las Bulas sin obligarle á sufrir el examen. Pero murió aquel mismo dia, sin otro mal, que el pasmo que le habia causado el miedo. Esta ocurrencia, que sucedió en el momento mismo en que iba á darse principio al examen de Francisco, era muy capaz de trastornarle. Pero Dios, que es siempre el apoyo de los humildes, le fortificó; y se admiró tanto mas su firmeza y presencia de espíritu, quanto que era muy difícil el no sentirse vivamente agitado con una aventura tan extraordinaria.

Los asuntos del Chablais, que eran el principal motivo del viaje de Francisco á Roma, no le ocupaban tanto, que no le quedase bastante tiempo libre para tratar con los amigos, que le habia adquirido su reputacion. No es decir por esto, que no procurase activar el despacho de sus negocios; pero como todo se hace en Roma con mucha madurez, aunque se trate de dar prisa, los asuntos van siempre por sus pasos contados, y sin que se altere en lo mas mínimo su curso natural. Sin embargo, como el Papa habia aprobado las memorias que le habia presentado, le habia concedido todo lo que le habia pedido, y no dudaba del buen éxito de su viaje; esperaba con tranquilidad á que se le diese el permiso para marcharse. Visitaba á menudo al Cardenal de Medicis, que le apreciaba mas de dia en dia. El Cardenal Borghese, que despues fué Papa bajo el nombre de Paulo V, contrajo tambien con él una particular amistad, y contribuyó mas que otro alguno á lograrle el pronto despacho de los Breves que necesitaba. Tuvo tambien relaciones muy íntimas con el Cardenal Baronio: aquel sabio hombre iba á menudo á buscarle en su coche para poder hablar mas cómodamente con él, y le regaló sus anales eclesiásticos. Belarmino Jesuita, que juntaba una eminente piedad á una profundísima ciencia, tambien iba á visitarle á menudo. En una palabra todos los mejores sugetos, que habia en Roma en aquella ocasion, y que se distinguian por su virtud y ciencias, hicieron amistad con él; pero ninguno encontró entre todos que fuese mas segun su corazon, que el padre Juvenal Ancina, que era entonces padre del Oratorio, y fué despues Obispo de Saluces: la conformidad de genio y de costumbres los unió estrechamente, y duró esta union tanto, como les duró la vida. Francisco habla á menudo de él en sus cartas como de un Prelado eminente en ciencia y en virtud, celoso, caritativo, y que vivia con su pueblo

como un padre con sus hijos, siendo muy apreciado de todos sus diocesanos.

Por mucho gusto que encontrase Francisco en la conversacion de aquellos grandes hombres, su celo por la Religion católica le llamaba continuamente al Chablais: hizolo presente á sus amigos, y estos hicieron tan vivas diligencias para que sus negocios tuviesen pronto despacho, que habiendo logrado por fin todos los Breves que necesitaba, fué á despedirse del Papa. Este al despedirle, le dió mil señales de aprecio, y le encargó que se dirigiese en derechura á él, fuese para sus propios asuntos, ó fuese para los agenos, siempre que tuviese necesidad de su autoridad.

Francisco le respondió, que sin ir mas lejos, tenia que pedirle una gracia á su Santidad: que la Iglesia de Ginebra gozaba muchos derechos, que le parecia que eran muy gravosos para el pueblo; que tal era el que tenia de heredar á todos los que muriesen sin hijos: que á estos les estaba prohibido, como si fuesen esclavos, testar y disponer ni aun de la parte mas pequeña de sus bienes en favor de sus parientes por cercanos que fuesen, siendo asi que muchas veces eran pobres, y tenían mas necesidad de ellos, que el Obispo de Ginebra: que de igual naturaleza era, el que obligaba á los vecinos de ciertos pueblos, á velar todas las noches al lado de los pantanos, é impedir que las ranas metiesen ruido, en tanto que el Obispo dormia. Añadió, que aquellos derechos eran impropios en un Obispo, que debia contentarse con ser el padre del pueblo, sin exigir de él derechos vergonzosos, y que se resentian mucho mas del paganismo, que de la libertad de la Iglesia cristiana: que puesto que habia tenido á bien nombrarle Coadjutor y sucesor del Obispo de Ginebra, suplicaba á su Santidad, que le permitiese renunciar á unos derechos, que eran tan gravosos para el pueblo, si acaso creia, que era conveniente el descargarle de ellos, y si

llegaba un dia en que él sucediese al Obispo, que era entonces de Ginebra.

El Papa se admiró de la caridad y desinterés de Francisco, le permitió que hiciera lo que le pareciese sobre aquel asunto, y le despidió, dándole nuevas pruebas de su benevolencia y proteccion.

Partió de Roma pocos dias despues, y se reparó, que nunca habia hablado al Papa, ni á los Cardenales de negocio alguno suyo, á pesar de que ellos hubieran tenido la mayor satisfaccion en favorecerle, y que en lugar de solicitar las Bulas de la Coadjutoría de Ginebra, las dejó tan enteramente en manos de la Providencia, que si el sobrino del Obispo de Ginebra no hubiese cuidado de que se le espidiesen, se hubiera vuelto á Annecy sin llevarlas. Francisco tomó el camino por Loreto; pero no permaneció allí mas tiempo que el necesario para satisfacer su devocion. Desde allí marchó en diligencia á Turin para presentar al Duque de Saboya los Breves que habia alcanzado de su Santidad, y para pedirle, que se pusiesen en ejecucion. Como todo lo que habia hecho era por orden suya, y en conformidad á lo que habia aprobado el mismo Duque antes de su salida de Tonon, tenia motivos de creer que su Alteza Real, que miraba por otra parte el restablecimiento de la Religion católica en el Chablais como obra suya, y como el suceso mas glorioso de su reinado, le facilitaria la ejecucion de aquellos Breves en todo cuanto estuviere de su parte. Pero no es nuevo el que los intereses particulares sofoquen al general. Las dos Ordenes militares de San Mauricio y de San Lázaro, de las que son grandes Maestres los Duques de Saboya, se opusieron fuertemente á las pretensiones de Francisco; y este se vió reducido, ó á abandonar un proyecto, del que dependia absolutamente la conservacion de la Religion católica en el Chablais, ó á atraer sobre sí la enemistad de todas las personas de distincion que ha-

bia en los Estados del Duque de Saboya: aquel mismo Principe tenia un interes considerable, como gran Maestro, en no permitir la ejecucion de las órdenes de su Santidad, es decir, que era á un mismo tiempo, juez y parte: situacion delicada para un hombre del caracter de Francisco, que se veia encargado de los intereses de Dios, pero que no podia sostenerlos sin chocar con los del Soberano. Dificultades, que hubiesen sido mas pequeñas, hubieran bastado para enfriar á un hombre menos firme y menos unido á Dios, que Francisco: sin embargo, no eran solo estas las que tenia que vencer.

El negocio de que se trataba, debia ventilarse en el Consejo del Duque, compuesto en la mayoría de deudos y parientes de los Comendadores de las Ordenes. A este se seguia otro obstáculo. Ya se ha visto, que Francisco habia ganado muchas cosas en el Consejo contra el parecer de la mayor parte de los Consejeros de Estado, y que habia prevalecido su dictamen sobre el de ellos en mas de una ocasion: le daba esto motivos para creer que tendrian una maligna satisfaccion en trastornar un intento, que nunca habian aprobado; pero lo que mas cuidado le daba, era la naturaleza del asunto en cuestion, y que la oposicion de las dos Ordenes parecia justa y bien fundada. Para entender esta dificultad es necesario tomar las cosas desde mucho mas lejos.

Habiendo sido desterrada la Religion católica del Chablais y de las Bailías, el Papa Gregorio XIII que habia previsto, que podria llegar un dia en que se restableciese, previó al mismo tiempo, que si se dejaba á los hereges, que usurpasen los beneficios tanto seculares como regulares, la restitucion de los bienes de la Iglesia podria ser un obstáculo para el restablecimiento del catolicismo. En este concepto, resolvió evitarlo; y esto fué lo que le condujo á unirlos á las Ordenes militares de San Mauricio y San Lázaro. Seguramente, que